

El predicador y la pereza

Steve Higginbotham

Eran las 10:00 am cuando sonó mi celular. Levanté mi teléfono a la cuarta sonada para poder terminar de escribir mi oración y no perder la secuencia de la idea. Al otro lado de la línea estaba una dama cristiana cuyas primeras palabras fueron: “Steve, espero que no sea muy temprano para hablarte y sacarte de la cama, pero me preguntaba si podrías...”

¿Muy temprano hablarte?

¿Sacarte de la cama?

¡Eran las 10:00 am! ¿Qué trabajo le permite a una persona estar en la cama tan tarde? ¿Esta hermana en Cristo piensa realmente que yo podría estar en la cama tan tarde? Quería tomar un momento y decirle todas las cosas que ya había hecho en ese día, pero me mordí la lengua.

Recibí otra llamada de una dama cerca de la 1:30 pm. Dijo: “Steve, tengo una cita para arreglar mi cabello en el salón de belleza a las 2:00 pm. ¿Podrías llevarme? Todos los que conozco están ocupados y los otros están trabajando.” Una vez más, me sentí perturbado. ¿Esta mujer cristiana no entiende que también tengo un trabajo?

Y luego está el bromista que los predicadores a veces escuchamos—comentarios como, “Wow, ¡qué trabajo! ¡Solo tienes que trabajar un día a la semana!” O, “Debe ser genial tener que trabajar solo tres horas el domingo y una hora el miércoles por la noche ¡y tener un buen salario!”

Permítanme compartir una palabra de advertencia y de consejo para los predicadores con este bromista “juguetón.” Creo que tal plática es perjudicial en varias formas y no debemos ser parte de ello. En primer lugar, este tipo de bromas desprecia el plan de Dios (I Corintios 1:21; 9:7-11). Es el arreglo divino de

Dios que permite a los predicadores ser apoyados para que puedan predicar tiempo completo y no distraerse en un empleo secular.

Esta broma también socava el respeto del predicador y su autoridad. Alguien que proclama el mensaje salvador del Evangelio tiene una responsabilidad demasiado importante para permitir ser receptor de bromas que hacen que él y su obra sean objeto de burla. Y si esto no fuera suficiente, este tipo de bromas tiene un impacto perdurable en los demás. ¿Cuántos jóvenes querrán ser predicador un día si todo lo que han oído y visto es desprecio y ridículo hacia los predicadores? No muchos jóvenes llegaron a ser eso a lo que sus padres le tienen desprecio, incluso si están “bromeando.”

Por lo tanto, trato de desestimar en forma educada este tipo de comentarios. Pero ¿Cómo lo hago con gente inconversa? Esto es lo que digo: “Sabes, tienes razón, tengo uno de los trabajos más fáciles que se podría tener, porque mi trabajo es ir presumiendo sobre Jesús ¿y qué tan difícil puede ser eso?” No hay mucho que alguien pueda decir en respuesta a esto y generalmente pone fin a la burla irrespetuosa.

Aunque no he escuchado esta clase de declaraciones por años, sé que son comunes y es algo molesto. Me hace preguntarme si la gente está realmente desinformada del trabajo diario de un predicador o si se les ha dado una razón para pensar que los predicadores son flojos. Me temo que esta última podría ser el caso, que la pereza ha sido una piedra de tropiezo para muchos predicadores y le han dado a la predicación un mal nombre. Debido a la naturaleza del trabajo de la predicación, los predicadores deben ser independientes, con iniciativa y deben practicar la disciplina. Con

Apto para el púlpito *El predicador y sus desafíos*

frecuencia, los predicadores tienen un acuerdo con una congregación que les exige muy poca responsabilidad para lo que hacen en el día a día y como consecuencia, más de un predicador ha desarrollado hábitos de pereza que son perjudiciales para él, para su reputación, para la iglesia y para el mundo perdido.

En este capítulo, es mi objetivo solicitar a los predicadores que eviten la pereza, que se hagan una autoevaluación honesta y compartirlas algunos consejos que nos ayuden a vencer la piedra de tropiezo de la pereza.

Razones para evitar la pereza

Hay mucho trabajo por hacer. Hay siete mil millones de personas que viven en este planeta, la mayoría de los cuales no tienen una relación con Jesús. Hay mucho trabajo por hacer ¡y este trabajo es urgente! Si bien podríamos intentar descartar la obligación de llegar a los siete mil millones de personas diciendo simplemente que está más allá de nuestra capacidad, cada día, cerca de su casa, podemos tomar el periódico y leer los obituarios de personas que han muerto sin Cristo.

El 6 de agosto de 1945, un doctor iba caminando al trabajo en Hiroshima cuando la ciudad fue bombardeada. Este médico estaba lo suficientemente lejos para sobrevivir al bombardeo, pero al caminar hacia la ciudad, vio las asombrosas y devastadoras lesiones. Miles de hombres, mujeres y niños fueron terriblemente quemados y heridos. Se sintió abrumado. ¿Cómo podría ayudar a tanta gente cuando era solo un médico y todo lo que tenía era su pequeña bolsa de doctor? No podía, pero pudo hacer algo. Así que se arrodilló para ayudar a uno que tenía sus pies heridos. Al igual que éste médico, no debemos dejar que el tamaño de “siete mil millones” nos abrume para no hacer nada. Aunque no podamos servir a los siete mil millones, aún queda mucho trabajo por hacer con nuestros pies.

La pereza lo hará perder oportunidades.

Con frecuencia considero ¿Qué hubiera sucedido si Felipe no hubiese corrido hacia el funcionario etíope? (Hechos 8:30). De acuerdo al texto, Felipe tuvo que “adelantarse” a su carro. Si Felipe hubiera sido flojo y de pies pesados, habría perdido esta oportunidad de enseñar a este hombre sobre Jesús.

Hace varios años, escuché a un predicador platicar un incidente que le sucedió. El predicador había estado teniendo un estudio bíblico con un vecino. Una noche, recibió una llamada de él. Acaba de terminar de cenar y el predicador no quería ser molestado, así que dejó que la llamada se fuera al correo de voz. A la mañana siguiente, el predicador recibió una llamada del mismo número, pero era la esposa del hombre con el que había estado estudiando. Estaba histérica. Su marido había fallecido esa mañana de un paro cardíaco y ella le estaba llamando para pedirle que realizara su funeral. Después de colgar el teléfono recordó que tenía un mensaje de voz de la noche anterior que no había escuchado. Lo que oyó lo enfermó físicamente. Este hombre dejó un mensaje que decía: “He estado pensando mucho en nuestros estudios y quiero ser bautizado en Cristo y ser cristiano. Avísame cuando puede bautizarme.” Este predicador se quedó estupefacto y luego lloró en forma incontrolable al escuchar el mensaje. Ese día, le pidió perdón a Dios y prometió ser más consciente de las oportunidades que tenga de llevar gente a Jesús.

La pereza siempre tendrá víctimas. Será la diferencia entre el cielo y el infierno para una persona.

Se lo debe a los que los apoyan. Recuerde que usted y su familia están siendo apoyados por la generosidad de los cristianos a los que sirve. No estoy sugiriendo que usted sea un caso de caridad y que el salario que recibe no lo gane. Todo lo contrario. Lo que se paga a un predicador es salario ganado, no benevolencia (I

Apto para el púlpito *El predicador y sus desafíos*

Corintios 9:6-11; Gálatas 6:6). Sin embargo, el salario que el predicador obtiene viene del trabajo y sacrificio de sus hermanos cristianos. ¿Cómo podemos traicionar ese sacrificio por medio de la pereza? La pereza muestra desprecio e ingratitud hacia los que están haciendo sacrificios financieros por usted.

La pereza lo convierte en un obstáculo.

Nadie respeta a una persona perezosa. Si un predicador adquiere una reputación de perezoso, su carácter e influencia para hacer el bien será destruida. Si eso sucede ¿qué le puede ofrecer a la congregación? Un predicador necesita ser un hombre de carácter y de respeto porque el mensaje que proclama lo exige. Un predicador no puede permitirse interponerse en el camino del mensaje que está presentando, pero la pereza hará precisamente eso. Si un predicador es flojo, no será escuchado. Su mensaje caerá en oídos sordos. De hecho, cuando uno proclama una cosa y vive otra, no solo la gente no escuchará, sino que desarrollará un desprecio por el mensaje, así como por el Dios detrás del mensaje (Romanos 2:24).

El trabajo demanda lo mejor de usted. No olvide nunca cuál es su trabajo—¡es un representante de Dios! ¡Qué honor dar su vida para ser portavoz de Dios! Vivimos en una cultura donde la voz de Dios es cada vez más silenciada. ¿Dónde están los predicadores? ¿Dónde está la voz de Dios? Dios necesita hombres valientes que contrarresten la cultura con la verdad, para matar el error con la espada del Espíritu y para pelear la buena batalla de la fe. La pereza nos impedirá hacerlo.

Hace algunos años, nuestro periódico local, uno con una circulación de casi 30,000 ejemplares, dedicó una página completa, una vez a la semana, a la religión. ¡Qué oportunidad de llegar a tantos en nuestra comunidad sin gastar un centavo! Sin embargo, pasaba semana tras semana y la docena o más de los predicadores de nuestra área no usaban esta página. Finalmente

alenté a un amigo predicador a aprovechar esta oportunidad para ser una voz moral en nuestra comunidad. Declinó mi exhorto y dijo: “Requiere de mucho trabajo el escribir.” Si, se requiere trabajo, pero ese es el trabajo que hemos elegido—¡ser los portavoces de Dios! Asegurémonos de dar a Dios nuestro mejor esfuerzo.

Responderemos a Dios. ¿Robará el hombre a Dios? (Malaquías 3:8). Somos administradores de los tesoros celestiales y un día responderemos a Dios por ello (I Corintios 4:1-2). Con frecuencia pienso en estos pasajes al hacer mi trabajo.

Jesús despreciaba a los líderes religiosos de su tiempo que eran poco más que figuras insigne de la religión y espiritualidad, sin embargo, internamente estaban llenos de extorsión y autocomplacencia (Mateo 23:35). Estos corruptos líderes religiosos, apoyados por los diezmos de la gente religiosa, fueron los recipientes de la más fuerte crítica registrada que jamás Jesús dijo. Por eso, con frecuencia me examino y busco el perdón de Dios por las deficiencias con respecto al uso de mi tiempo, talentos y servicio. Nunca quiero olvidar que un día responderé a Dios por mi servicio. No puedo darme el lujo de ser perezoso si quiero ser encontrado como un siervo fiel.

La Biblia condena explícitamente la pereza. Vea lo que el sabio dijo: “Pasé junto al campo del hombre perezoso y junto a la viña del hombre falto de entendimiento; Y he aquí que por toda ella habían crecido los espinos, ortigas habían ya cubierto su faz y su cerca de piedra estaba ya destruida. Miré, y lo puse en mi corazón; Lo vi, y tomé consejo. Un poco de sueño, cabeceando otro poco, poniendo mano sobre mano otro poco para dormir; Así vendrá como caminante tu necesidad y tu pobreza como hombre armado” (Proverbios 24:30-34). ¿Será posible tener ministerios efectivos si nos comportamos como los insensatos?

Apto para el púlpito *El predicador y sus desafíos*

Al autoanálisis es útil, necesario a menudo y rara vez practicado. Es especialmente importante cuando se refiere a asuntos espirituales. A través del proceso de autoanálisis, podemos identificar nuestras deficiencias si somos honestos. Una de las peores cosas que podemos hacer es vivir una vida que no es supervisada o revisada. Es este proceso de revisión el que nos enseña a no cometer los mismos errores. ¿Podría ser que seamos perezosos o tener tendencias a ello? Si es así, necesitamos eliminar esas características de nuestras vidas. En seguida se presentan algunas formas en que se manifiesta la pereza. Haga un autoanálisis.

Manifestaciones de la pereza

No leer y dejar de mantenerse informado.

Un predicador necesita ser un hombre de constante lectura. ¿Cómo podemos dar aliento a los espíritus de los que se reúnen a escucharnos cuando nuestro propio saco está vacío? La lectura llena nuestros sacos de verdades, ideas, reflexiones e ilustraciones para que se entienda mejor la Palabra de Dios y resuene en la gente. Un predicador que no lea no permanecerá actual por mucho tiempo. Pronto recurrirá a las prácticas perezosas en la preparación de su sermón. Lea la Biblia regularmente. Lea buenos libros. Ponga atención a las noticias y tendencias culturales. Vea la vida a través de una lente espiritual que encuentra verdades espirituales y principios bíblicos en lo ordinario y rutinario. ¿A quién leyó últimamente? ¿Qué blogs o libros ha leído recientemente? ¿Qué tendencia cultural ha tratado recientemente en un sermón o escrito? El no permanecer actual y relevante es un signo de pereza.

No preparar en forma adecuada las lecciones. Sin un estudio adecuado, los sermones y las lecciones son superficiales. No desafían o proporcionan discernimiento. Carecerán de pasión en su presentación.

Por varios años, he administrado una página de internet en la que comparto muchos de mis bosquejos. Me sorprende ver las estadísticas de mi página el sábado por la noche. ¡Se disparan! Interpreto esas estadísticas como que muchos predicadores esperan hasta el último minuto para preparar su sermón para el día siguiente. Si bien hago esos bosquejos disponibles para ayudar a los predicadores, no tengo la intención de que sean tomados el sábado por la noche y luego utilizados como una muleta con la que salen del paso el domingo.

Cuando el domingo se acerca, ¿pasamos al púlpito porque tenemos que decir algo o porque tenemos algo que decir? La respuesta a esa pregunta le dará una pista de si usted ha sido perezoso durante la semana.

Levantarse tarde. Salomón dijo: “No ames el sueño, para que no te empobrezcas” (Proverbios 20:13). No solo le robará tiempo valioso; Es un síntoma de pereza que no puede ocultarlo de los demás. Debido a que los predicadores no tienen reloj checador, deben tener autodisciplina e iniciativa. Buenos o malos, los hábitos son difíciles de romper. ¿Por qué no hacer que esta verdad funcione en usted? Desarrolle el hábito de levantarse temprano. Deje la cama; ¡hay trabajo por hacer!

Jugar en la computadora. Si bien la computadora se ha convertido en una herramienta esencial en mi trabajo de predicación, también he encontrado que puede ser uno de los más grandes obstáculos y que conducen hacia la pereza. Es fácil descuidar su trabajo pasando horas navegando en internet o comentando su sitio favorito de redes sociales. Soy usuario de Facebook y otras redes sociales, pero en ocasiones me pregunto cuántas horas en forma colectiva son empleadas por predicadores que parece que pasan todo el día publicando y esperando que otros respondan sus mensajes. No justifique “el perder el tiempo” diciendo que está tratando de mantenerse en contacto con los

Apto para el púlpito *El predicador y sus desafíos*

miembros. Ciertamente, el mantener contacto es bueno, pero llega el momento en que necesita reflexionar, orar y estudiar. No puede hacer eso cuando siente la necesidad de responder o ver lo que fue escrito cada vez que su computadora repica. ¡Apague las redes sociales!

Dejar de visitar. Dejar de visitar a los miembros en necesidad es una señal de pereza. El visitar requiere de un esfuerzo. Si, se que el visitar puede interrumpir su estudio y también su línea de pensamiento. Y si, se que algunas veces estará en medio de algo y tiene que dejarlo inconcluso. Pero mientras que estas cosas son verdad, necesitamos recordar que la gente tiene prioridad. La gente no puede vérselo como una interrupción o inconveniente a nuestro agenda y propósito; ¡las personas son nuestro propósito! Sin embargo, la pereza nos dará muchas excusas para evitar que visitemos y cumplamos nuestro propósito.

No participar con los demás. La pereza algunas veces nos hará a no participar en eventos que a los que “no tenemos” la obligación de asistir. Si bien sabemos que no hay forma de que un predicador pueda estar participando en todo lo que la congregación hace, también se que la pereza lo aleja de participar en algunas de las actividades que la congregación hace.

Hace algunos años, un edificio de reunión se quemó. Los hermanos ahí estaban impávidos. Empezaron a reunirse cada fin de semana para reconstruir el edificio por ellos mismos. Tanto hombres como mujeres se presentaban. Mientras los hombres trabajan en el edificio, las mujeres les preparaban comida. Fue un periodo de gran unión y en cuestión de meses, habían reconstruido el edificio de la iglesia. Pero durante su proceso de reconstrucción el predicador nunca apareció en esas jornadas laborales. Decía que no estaba preparado para ese tipo de trabajo. Tal vez no podía clavar un clavo o cortar una tabla, pero podía llevar tablas o clavos y una docena de otras cosas que

hubieran sido útiles. Su pereza hizo que la congregación se resintiera y le costó su trabajo. La pereza puede evitar que aproveche oportunidades de estar con sus hermanos.

Temerle a la reunión con los ancianos. Si un predicador teme programar una reunión con los ancianos, es posible que sea un indicio de culpa que proviene de la pereza. Las reuniones de los ancianos no deben temerse. De hecho, son una oportunidad para ser alentados y juntar las manos para el trabajo delante de uno. Pero cuando uno sabe que el predicador no ha metido las manos; cuando uno sabe que no ha sido lo que se espera de él; cuando sabe que ha sido flojo, podría desarrollar un sentido de temor o inquietud. Si experimenta ese sentido de temor, quizás es su consciencia que lo acusa.

Si después de leer las señales anteriores de pereza y siendo honesto en su autoanálisis y se ha convencido ¿Qué debería hacer al respecto? En seguida enumero algunas acciones específicas que le ayudarán a evitar la pereza.

Venciendo la pereza

Asóciase con alguien para hacer eso que no desea. Si usted ve que una parte de su trabajo no le gusta y le es difícil hacer, entonces asóciase con alguien que le pueda ayudar a cumplir con esa tarea. Por ejemplo, quizás el visitar la casa hogar para ancianos le es muy deprimente y desalentador. En consecuencia, lo pospone y con frecuencia no hace esa tarea. Si ese es el caso, encuentre a un hermano, o compañero o a un anciano que lo acompañe. Incluso, quizás podría elegir un día en particular cada mes para hacer la visita. El rendir cuentas le ayudará a cumplir lo que de otra forma no haría. Salomón dijo: “Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante” (Eclesiastés 4:9-10).

Apto para el púlpito

El predicador y sus desafíos

Enamorarse más profundamente de Jesús.

No consideramos difícil el trabajo que hacemos para los que amamos. ¿Por qué? Porque es un trabajo de amor (Hebreos 6:10). Todos hemos visto a esposos y esposas sirviendo día y noche a sus cónyuges enfermos. Hemos visto a madres sentadas toda la noche cuando un niño tiene fiebre. Sin embargo, lo hacen sin quejarse porque es un trabajo de amor. A medida que nos acercamos más y más a Jesús, lo amaremos más y más y el trabajo que se nos requiere se hará más fácil y más fácil de lograr.

En 1922, Helen Lemmel escribió las siguientes palabras: "Fija tus ojos en Cristo, tan llenos de gracia y amor y lo terrenal sin valor será a la luz del glorioso Señor." ¡Cuán verdadero es! Cuando fijamos nuestros ojos en Jesús ¿Cómo no amarlo? Y ese amor, al crecer y madurar, hace que las cosas terrenales que tienen una tendencia a distraernos, pierdan su brillo.

Con frecuencia escucho hablar a los jugadores de beisbol de los increíbles salarios que ganan. Dicen: "¡No puedo creer que me paguen por hacer lo que amo hacer! ¿Qué podría ser mejor?" Este es el mismo sentimiento que puede decir uno que se ha enamorado profundamente de Jesús. Cuando uno ama a Jesús, el trabajo no es "trabajo." Es un privilegio. La pereza no existe en alguien que ama profundamente a Jesús.

Recuerde lo que está en juego. Si pudiéramos ver solo el final desde el principio con la misma claridad con que el Señor lo ve (Isaías 46:10), no cederíamos a las tentaciones de la vida. Si el marido pudiera ver el daño que su infidelidad crea en su vida, así como en la vida de los que ama, no sería infiel. Si el borracho tirado en la banqueta pudiera solo ver a dónde el alcohol lo llevaría y lo que le costaría, nunca habría tomado la primera copa. Si una madre pudiera ver el impacto de su infidelidad al Señor tendría sobre el destino eterno de sus hijos, nunca sería infiel. Y si un predicador tan solo

podiera ver lo que la pereza le costaría a él, a sus hermanos, al mundo perdido y a su Dios, nunca sucumbiría a la tentación de ser flojo y perezoso. La pereza en un predicador tiene un costo. Los intereses son altos. Lo que está en la balanza son cosas como si tendremos o no buena reputación, si vamos a perder o aprovechar las puertas abiertas de la oportunidad, si vamos a ser eficaces o no en el ministerio, si seremos encontrados como siervos fieles o no y si vamos a ser ayuda u obstáculo para otros. En resumen, ¡el cielo y el infierno están en juego!

Qué Dios nos ayude a no ser miopes. Más bien, que seamos hombres de visión clara y completa. Que seamos conmovidos por el perdido. Como Pablo, que seamos estimulados por nuestro anhelo de salvar a los perdidos de su ignorancia y pecado (Hechos 17:16).

¡Que podamos entender que Jesús nos necesita! Casi me ahogo con las palabras, pero es verdad. ¡Jesús me necesita! Jesús no me necesita intrínsecamente, sino que ha mostrado su necesidad de mí al poner en mis manos su Evangelio de salvación. Pablo dijo a la iglesia, de la cual yo soy parte como individuo, que es "su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo" (Efesios 1:23). Jesús está incompleto, no en su persona, sino en su propósito si la iglesia no cumple con su responsabilidad de ser el punto de contacto de Dios con el mundo. Sin duda, una responsabilidad tan grande solo puede recibirse haciendo lo mejor de nosotros en su servicio.

Finalmente, que se diga de nosotros lo que se dijo del Señor "El celo de tu casa me consume" (Juan 2:17).

Steve Higginbotham



Ha estado predicando a tiempo completo desde su graduación en Freed-Hardeman en 1984. Actualmente sirve como ministro de púlpito en la iglesia de Cristo en Karns en Knoxville, TN. También sirve como instructor en Southeast Institute of Biblical Studies. Steve y su esposa Kim, tienen cuatro hijos. Es fan de los Acereros de Pittsburgh, le gusta el golf y es experto en la trivia Mayberry.